

Y alzar del suelo la humillada frente,
De la luz de los ángeles ceñida.
Y se alza del altar la voz tremenda
Que las palabras del Señor repite,
Cantadas porque el pueblo las comprenda,
Solemnes porque el pueblo las medite.
Y el órgano despliega rebramando
La voz robusta de las trompas de oro,
Como por la cascada caen rodando
Aguas y espumas en tropel sonoro.

Y en los aires á torrentes
Vierte la música santa
Por la céntuple garganta
De los tubos de metal :
Y en sus cánticos remeda,
Con el prolongado acento,
El ronco bramar del viento
O el crujir del vendabal.
O finge en són temeroso
La aguda lengüetería,
La discorde gritería
Del infierno en rebelion ;
O con lamento apagado
Canta al justo moribundo
Saliendo alegre del mundo
Sin ira en el corazon.

Canta el placer de la esposa
Que inquieta al esposo aguarda,
Canta al esposo que tarda
A sus puertas en llamar.
O entonando del profeta
La sacrosanta salmodia
Sublimemente parodia
El fuego de su cantar.

Y llora con Jeremias,
Y entona en arpa de flores
Los voluptuosos amores
Del sabio rey Salomon ;
Canta los cedros del Libano,
La castidad de Susana,

Y Jezabel la profana,
Y el vigoroso Sanson.
O en tonos mas desmayados
La postrera despedida
Que dió á la penosa vida
El Hacedor de la luz ;
O mas lánguido remeda
Las lágrimas de María
Cuando en el terrible día
Lloraba al pié de la cruz.

Mas pasan las santas horas
Y cesa la voz que canta,
Y el pueblo que se levanta
Murmura á su vez tambien :
Se oye el rumor de sus pasos
Que por las naves se alejan,
Y las capillas que dejan
Abandonadas se ven.

Apenas un sacerdote
Que sordas preces murmura
Cruza con planta insegura
Por delante de un altar.
Se oyen correr los cerrojos
Y las cortinas de seda,
Y hacinadas en manojos
Se oyen llaves chocar.

No queda en el santo templo
Mas que el ambiente de aroma,
La luz del sol que se asoma,
Por el pintado cristal ;
Las tumbas de las capillas
Y los pálidos reflejos
De lámparas que á lo lejos
Penden de un arco ogival.

Pasa el sol, viene la tarde,
Y el día desaparece,
Y la negra sombra crece,
Y su imperio vuelve á ser.
Se estrella por fuera el viento
En la calada ventana,
Y lo que *ayer* fué *mañana*,
Mañana se dice : *ayer*.

SEGUNDA PARTE.

A MIS AMIGOS
DON JUAN DONOSO CORTÉS

Y
DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

—
Cuando publiqué el tomo primero de mis poesias cediendo á vuestras instancias, no fué otro mi intento que el de reunir en una coleccion los versos que tal vez no habian desagradado al público. Escritos estos en diferentes épocas de mi vida, y en diversas circunstancias, cada composicion se resiente de las que la pertenecen. El triste se querella, y el alegre canta; uno gime desesperado, y otro rie á carcajadas, y esto es muy natural; de aqui los distintos géneros de mis versos. Tuve, como todos los hombres, momentos de placer y horas de amargura; en estas lloraba, y en aquellos reia; por consiguiente el conjunto de mis primeros ensayos no pudieron tener mas objeto que el de trasladar al papel las inspiraciones del corazon.

Al publicar el segundo he tenido presentes dos cosas: la patria en que nací, y la religion en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creído que mi religion encierra mas poesia que el paganismo. Español, tengo á mengua cantar himnos á Hércules, á Leonidas, á Horacio Cocles y á Julio César, y abandonar en el polvo del olvido al Cid y á Don Pedro Ansures, á Hernan Cortés y Garcia de Paredes. Cristiano, creo que vale mas nuestra Maria llorando, nuestra severa semana santa, y las suntuosas ceremonias de nuestros templos, que la impúdica Venus, las nauseabundas fiestas Lupercales, y los vergonzosos sacrificios de Baco y de Pluton. Español, hallo cuando menos mezquino y ridiculo buscar héroes en tierras remotas, en menoscabo de los de nuestra patria; y cristiano, tengo por criminal olvidar nuestras creencias, por las de otra religion contra cuyos errores protestamos á cada paso.

En cuando al género de mis versos aproveché el momento de la inspiracion, sin curarme de las formas con que los atavio, y sin

seguir mas escuela que mi propio capricho. Convengo en que esto puede ser muy perjudicial; pero yo pienso así, y cada cual tiene derecho á pensar lo que mas le plazca, en tanto que no piense mas de lo que le toca.

Y ahora, amigos míos, me queda una sola cosa que deciros, y es: que como es muy probable que los poetas no poseamos nunca mas que nuestros versos, os dedico los míos, porque no me ocurre otra cosa que poderos ofrecer; y (por vía de paréntesis) me llamo poeta, no porque yo me tenga presuntuosamente por tal, sino porque he escrito estas poesias.

Leedlas, si no os cansan, y acordaos siempre de vuestro amigo

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, 15 de Junio de 1838.

EL DIA SIN SOL.

—
INTRODUCCION.

Dies ira dies illa
Solvat seclum in favilla (1).

Hizo al hombre de Dios la propia mano,
Que tanto para hacerle fué preciso :
Hizole de la tierra soberano,
Y le dió por palacio el paraíso. —

Agil de miembros, la cerviz erguida
Oriada de flotante cabellera,
Los claros ojos respirando vida,
Luenga la barba y con la voz severa.

Hechos para el deleite sus sentidos
Vieron los ojos luz, gustó la boca,
Olió el olfato, oyeron los oídos...

Todo es placer cuanto pasando toca.

La yerba perfumada en la colina
Dióle un lecho do yace blandamente,

(1) La paráfrasis del *Dies ira* está espresamente escrita para Don Nicomedes Pastor Diaz, cuyo primer pensamiento le debe el autor.

Y derramóse en torno cristalina
Deshecha en perlas la sonora fuente.

Y vertieron las aves en el viento
Regalada y dulcísima armonía
Desde el follaje vasto y opulento
Que fácil teje la alameda umbria.

Y al dormido murmullo de la brisa
Que vaga suave, inquieta y juguetona,
Dobló la frente y con igual sonrisa
El sueño muellemente le corona.

Las fieras cuidadosas evitaron
Con su ruido turbar su manso sueño,
Y volando las aves arrullaron
El reposar de su tranquilo dueño.

Dios, que su soledad miró enojosa,
De tornarla en placer buscó manera,
Y una muger bellísima, amorosa,
Le ofreció liberal por compañera.

Era la hermosa de gentil talante
Acabada de pechos y cintura,
De enhiesto cuello, y lánguido semblante,
Rebosando de amor, y de ternura.

Clara la frente, altiva y despejada,
Negras las cejas, blanca la mejilla,
Rasgada de ojos, blanda la mirada
Do turbó el sol en competencia brilla.

Tendida por los hombros la melena
La blanca espalda de la luz velando,
Hallóla Adan al despertar serena
Sus varoniles formas contemplando.

Ciñóla sorprendido en su embeleso
Con brazo enamorado y reverente;
Mil veces la besó, y á cada beso
Trémula su cristal vibró la fuente.

El bosque susurró manso murmullo,
Los peces en las ovas asomaron,
Las tórtolas alzaron casto arrullo,
Y amorosos los céfiros soplaron.

—«Alma mia, mi amor, paloma mia...!»
El hombre sollozando murmuraba;
Ella muerta de amor le sonreía,
Y él muriendo de amor la enamoraba.

Posábale en su labio el labio amante
Aspirando con ámbares y aroma
El aire de su pecho vacilante,
La luz de sus pupilas de paloma.

Tú, rojo sol, entonces si los viste
¿Por qué amantes y solos los dejaste,
Y la infernal serpiente no adormiste
Que envidiosa del bien cerca alumbraste?

¡Ay! ¡Cuanto aborrazas de miseria y llanto
Del hombre flaco á los mortales ojos!
¡Cuanto miedo á los ángeles, y cuanto
Al mismo Dios de cólera y enojos!

Era un árbol no más en los jardines
Vedado al paladar de los nacidos;

No anidaban en él los colorines,
Ni daba flor, ni sombra, ni sonidos.

Yacía Adan en brazos de su amada,
Eva miraba el prohibido fruto,
Y al lado de la poma codiciada...
Traidor velaba el enemigo astuto.

«¿No comerás, le dijo la serpiente,
«Criatura de origen soberano?
«Podieras como Dios omnipotente
«Otro mundo crear de polvo vano,

«No comerás, y quedarás sujeta
«Al privilegio inútil de su hechura;
«Quedaré el alma entre su nada quieta,
«Y á tí te llamarán la criatura.»

Sintió el orgullo la muger curiosa
Que brotaba en carmin á la mejilla,
Y á la fruta tendió la mano ansiosa
Vertiendo de ella la mortal semilla.

Aplicóla á los labios, y callaron
Arboles, aves, céfiros y fuentes,
Y en su lugar fatídicos quedaron
Troncos, buitres, tormentas y torrentes.

Rugió el leon crespando la melena,
Lanzó el tigre su ardiente resoplido,
Bufó en el bosque la traidora hiena,
El toro levantó ronco mugido.

Huyeron, azotándose las alas
Las aves por el aura agonizante,
El fresco valle marchitó sus galas,
Tembló el mundo en sus ejes de diamante.

Despertó el triste Adan absorto y mudo
Al desusado y bronco clamoreo;
Y, avergonzado, se miró desnudo
La carne henchida de brutal deseo.

Tembló al mirar las fieras espantadas
Guarecerse en tropel de los peñascos,
Y buscar sus guaridas socabadas
De las montañas en los hondos cascacos.

Hirióle el sol las débiles pupilas
Al recio impulso de fogosa lumbre,
Y halló en el cielo en aplomadas filas
De frias nubes torba muchedumbre.

Y sintió que perdía de improviso
La gracia de su Dios con la inocencia,
Y trocóle en infierno el paraíso
El nuevo torcedor de la conciencia.

Viéronse con rubor ambos nacidos,
Que con rubor entrambos no nacieron,
Y del crimen comun arrepentidos
Uno del otro con vergüenza huyeron.

¡Adan! esclamó Dios llamando al hombre
Y el eco en las montañas respondía;
¡Adan! repitió Dios, y el mismo nombre
El eco mismo á repetir volvía.

¿Dó estaba Adan? Llorando prosternado
Por vez primera de su Dios temblaba,
Y humillado en el polvo — ¡Yo he pecado
Respondía á la voz que le llamaba.

¡Adan! gritó el Señor, «cuenta tus horas,
«Porque vendrá una hora en que te veas
«Dando cuentas al Dios ante quien lloras;
«Y hasta entonces, Adan, ¡maldito seas!»

I.

— «Naciste, Adan, en el polvo

«Y en el polvo morirás,
«Tú, y tus hijos, y tu raza,
«Y cuantos hombres serán.
«Sudareis sobre la tierra
«Los hijos por sustentar,
«Mientras los hijos rebeldes
«Con sus padres lidiarán.

«La tierra brotará espinas,
«El tiempo ahogará la paz,
«Y sin número los hombres
«A su Dios olvidarán.

«Entonces hambres y pestes,
«Y de miserias un mar
«Acosará el mundo impío
«Sin descanso ni solaz.

«Y habrá ejércitos y buques
«Que agua y tierra infestarán,
«Y habrá esclavos y habrá reyes,
«Y pueblos, y sociedad.

«Y habrá amor, y habrá amistades
«Que, en vez de consuelos dar,
«Os darán con dulces nombres
«Amargas horas de afán.

«Y habrá el corazón pasiones
«A cuyo impulso fatal
«Hermano robará á hermano
«Cuanto bien pudo alcanzar.

«Será la muger voluble,
«Será el hombre desleal,
«Y amor tornaráse en celos
«Y en envidia la amistad. —

«Y en raza de un mismo origen,
«Todos con derecho igual,
«El poder será la fuerza
«Y el miedo la autoridad. —

«Nacerán conquistadores
«Las tierras á deslindar,
«Y donde uno puso un trono
«Otro un cadalso pondrá. —

«Pero YO, que os hice en polvo
«Y en polvo os he de tornar,
«Haré un día de justicias
«Para todos por igual :

«Haré un infierno y un cielo
«Y una inmensa eternidad
«En que grandes y pequeños
«Confundidos entrarán. »

Dijo así Dios reduciendo
Los tiempos á cantidad,
Cuando dió al primer nacido
El triste apodo de Adan. —

II

Tuba mirum spargens sonum
Per sepulchra regionum,
Coget omnes ante thronum.

Ancho panteon de gente condenada,
Condenado á morir como su gente,
Caerá el mundo en el pozo de la nada
Rota en pedazos la caduca frente.
La impia raza en las tumbas cobijada
Otra vez se alzará mística y doliente
Roto el dogal que al polvo la sujeta
Al vivo són de la final trompeta.

Ya para entonces el tremendo día
Del daño universal será cumplido;
El sol que del oriente nos venía
Apagada su luz habrá caído;
La luna que flotando se mecía
En el azul del cielo adormecido
Seguirá al fin sus moribundas huellas
Llevando en pos las lánguidas estrellas.

Y la tierra sin sol que la fecunde
Seca no brotará yerba ni flores,
Y harán que reventado el mar la inunde
Los temporales de la mar señores,
Y á las manos del tiempo que confunde
Cuantos un día desplegó primores,
La tierra que de césped se matiza
Campo será de pálida ceniza.

En sus mohosas grietas, asomados
Estarán los desnudos esqueletos
Al juicio de su Dios aparejados,
Silenciosos, estúpidos y quietos;
Y á trechos en montones apilados
El plazo aguardarán juntos y prietos,
Con sus despojos remplazando enjutos
Templos, palacios, árboles y frutos.

No dará luz el cielo blanquecino,
Ni hará murmullo el ondular del viento,
Ni en las rocas el eco campesino
Repetirá lejano algun acento;
Noche y alba sin horas ni camino
Ahogarán su crepúsculo opulento,
Y serán presa de arrecidas nieblas
Sin aurora ni noche las tinieblas.

No habrá en este pantano dentro y fuera
Ni habrá cosa con cotos, ni lugares,
Las tierras no hallarán mar ni ribera,
Ni hallarán playa los disueltos mares;
Barro será la agonizante esfera
Sin medidas, ni bordes, ni vallares,
Cual masa por los siglos preparada
A tornar al origen de su nada.

Las almas volverán mudas de asombro
Los cuerpos á buscar en que vivieron
Cuando á través del cenagoso escombros
Vayan tras el lugar do los perdieron :

Sin ayuda de mano, brazo ú hombro,
La carne vestirán con que nacieron
Porque escuche la carne la sentencia
Que oyó el alma al pasar á otra existencia.

Y cuando nada en el silencio aliente,
Cuando nada mortal quede con vida,
A la voz del airado Omnipotente
De los muertos la turba estremecida
Iremos ante Dios, baja la frente,
Amedrentada el alma en su guarida,
A obedecer sus leyes inmortales,
Y ante la santa ley, todos iguales.

III.

Judex ergo cum sedebit
Quidquid latet aparebit,
Nihil inultum remanebit.

Y no habrá para ninguno
Privilegio ni esencion :
Sin justicia no habrá alguno,
Porque iremos uno á uno
Por pena ó por remision.

Será con todos igual,
Justiciero para todos
El tremendo tribunal,
É irán de distintos modos
El justo y el criminal.

En la frente irán escritos
Los secretos de la vida,
Y las conciencias á gritos
Apartarán los malditos
De la prole bendecida.

Que ni entonces una vez
La virtud se manchará
Del vicio con la hediondez,
Ni la ramera soez
Junto á la virgen irá.

Allí irán los que altaneros
A los pueblos dieron leyes
A acusar sus desafueros,
Sin lanza los caballeros
Y sin corona los reyes.

Allí irá la hipocresía
Con el disfraz en la mano,
Y sabremos aquel día
Qué pechero hubo hidalguía
Y qué hidalgo fué villano.

Irá el pálido mendigo
En pos del rico avariento
Acusador y testigo,
Demandando el pan y abrigo
De su alcázar opulento.

Irá el amigo traidor
Tras el amigo engañado,
El semblante sin color,
Como esclavo maniatado
Que llevan á su señor.

Irá el pérfido galán
Tras las vendidas mugeres,
Que descontándole irán
Por las horas de su afán
Las horas de sus placeres.

Irá el señor sin piedad,
É irán los siervos tras él
Pidiendo á su vanidad
La perdida libertad
En iracundo tropel.

Irán los conquistadores,
Y asidos á sus cabellos
Los vencidos vencedores,
Serán allí sus señores
Como aquí lo fueron ellos.

Irá la falsa muger
Que al esposo juró amor,
Y el juramento de ayer
Empeñó por un placer
Al disoluto amador. —

Irá el audaz pendenciero
Con el muerto en desafío;
Acuchillado el primero,
Y el otro en el pecho impío
Escondido el rojo acero.

¡Que el día de la verdad
El fantasma del valor
Será necia ceguedad,
Y no mas que vanidad
El fantasma del honor! —

Irá el corrompido juez
Tras la víctima inocente,
Y en torno suyo á la vez
Clamarán en voz doliente
La horfandad y la viudez.

Irán los monges carnales
Tras las forzadas doncellas,
Desgarrados los sayales,
Los cordones por dogales
Atados al cuello de ellas. —

Los labios que un tiempo dieron
Blando y sacrilego són,
Con los besos que vertieron
Que torpe hoguera encendieron
En el brutal corazón;

Allí arderán en tal lumbre
En fuego tan infernal,
Cuanto á Dios fué pesadumbre
Bajar á la podredumbre
De su pecho criminal. —

Y allí iremos los cantores
Falsas flores del Eden
Que en vez de santos loores
Cantamos himnos de amores
A las puertas de un haren.

Allí del liviano mundo
Habrà fin la imbecil farsa;
Todos en monton inmundó

Sin primero, ni segundo,
Iremos en la comparsa. —

¡Qué será ver al hombre tanto
Nacido para morir,
Ciegos los ojos de llanto,
Ciega el ánima de espanto,
Al valle inmenso venir?

¡Qué será ver al tirano
Balbuciente al responder
De la sangre de su hermano
En que irá tinta la mano
Sin que la pueda esconder?

¡Qué será ver tantos reyes
Que por saciar su ambicion
Pusieron la religion
Por rúbrica de unas leyes
De equívoca esplicacion? —

¡Tantas gentes y naciones,
De tan distintas regiones,
De tan distintos caracteres,
Y distintos pareceres
Y distintas religiones!

Los de Judá temerosos,
Los de Esparta y Macedonia,
Los de Oriente voluptuosos,
Los secundos en colosos
De Menfis y Babilonia!

Los de los anchos desiertos
Avezados al pillaje
De tiempo y dioses inciertos,
Los que devoran sus muertos
En algazara salvaje! —

Los de América indolentes,
Los impuros de Sodoma,
Los de Tebas penitentes,
Los de Sagunto valientes,
Y los triunfantes de Roma!

¡Todos muertos é inmortales
De hinojos ante su juez,
Que con leyes eternas
Nos hará á todos iguales
Ante la ley una vez! —

É irán las tiernas almas
De los alegres niños
En túmulos de palmas
Y lechos con armiños
Al pié del trono espléndido
Del santo de Israel.

Angeles sus hermanos
Haránles grata sombra
Con sus rosadas manos,
Y les harán alfombra
Con sus alas magnificas
Y almohadas y dosel. —

La paternal sonrisa
Del Dios omnipotente

Seráles blanda brisa,
Que arrulle mansamente
El contorno suavísimo
De su tranquila sien,
Y dormirán de espumas
Al dulce hervir sonoro,
Y de ondulantes plumas,
Y de incensarios de oro
A la acordada música
Del prometido Eden. —

É irán las no tocadas
Castísimas mugeres
Que huyeron avisadas
El mundo y los placeres,
Y dieron al Altísimo
Intacto su pudor;

Ceñida la cintura
De blancas azucenas,
Radiantes de hermosura,
Y en dulces cantilenas
Loando en són angélico
Al eternal amor. —

Y todas tan hermosas
Como la tibia luna,
Y todas ruborosas
Como al dejar la cuna,
Todas ofrendas candidas
De paz y de placer. —

Purísimas palomas
Que el cielo halaga y cria,
Balsámicos aromas
Que en prendas de alegría
Entre dolor y lágrimas
Da al cielo la muger.

¡Y qué será en tal hora
De duelos y de enojos
Su calma encantadora,
Y de sus bellos ojos
Contemplar el pacífico
Brillante tornasol?

¡Y qué será en sus labios,
Su sonreír de amores,
Cuando grandes, y sabios,
O reyes y señores,
El día verán trémulos
Sin tinieblas ni sol?

IV.

¡Y qué será de nuestro dulce canto,
Qué será de nosotros los cantores,
Los que lloramos cántigas de llanto,
Los que reimos cántigas de flores?

¡Qué será de la hermosa á quien un día
Himnos de amor y de placer cantamos,
Que en nuestros labios el amor bebía,
Y en cuyos labios el amor gozamos?

¿Qué serán de sus ojos los espejos
Do nuestra imagen retratada vimos,
Do al lánguido rielar de sus reflejos
De su amor el secreto sorprendimos?

¿Qué será del amigo cariñoso
Que amar nos hizo la falaz fortuna,
Del triste que veló nuestro reposo
Al resbalar de la furtiva luna?

Acaso el corazón le desgarraba
El peligro fatal del que dormía,
Y su afán compasivo nos callaba
Doblando su silencio su agonía.

¡Ay! ¿qué será del padre y del hermano,
Qué será del esposo y de la esposa
Cuando aparte Jehová con justa mano
Del torpe vicio la virtud dichosa?

Cuando se abran las puertas eternas
Al eterno gozar del paraíso,
Y les sea á los tristes criminales
Al duelo eterno caminar preciso!

¡Ay de mí! con cuán hondo desconsuelo
Los ojos tornarán desesperados

La postrimera vez mirando un cielo
A que también nacieron destinados!

¡Oh tristes y larga despedida,
Eterna muerte, eterna bienandanza,
Donde perdiendo de una vez la vida
Se pierde de morir toda esperanza!

¡Qué dulce será vivir,
Vivir una eternidad,
Sin pensar más en morir,
Ni pensar en reducir
A guarismo nuestra edad!
¡Qué dulce será vagando
Por la viviente mansión
Ir al compás escuchando
De las arpas de Sion,
Eternamente gozando

Aquella aura perfumada,
Y aquel manso susurrar
De la floresta encantada,
Y aquella luz reflejada
De soles en un millar,

Y aquel gotear de las fuentes,
Y aquel trinar de las aves,
Y aquel hervir los torrentes,
Y aquellos mares vivientes
Sin monstruos, vientos, ni naves!

Y si en la fresca ribera
Quien amó en vida encontrara
La amorosa compañera
Que antes que el mundo muriera
Muerta en el mundo quedara;

¡Qué dulce fuera vivir,
Vivir una eternidad,
Sin pensar más en morir,

Ni pensar en reducir
A guarismo nuestra edad!
¡Oh, ven, ven, arpa sonora,
En las penas de mi vida
Mi tierna consoladora,
Esperanza seductora
De mi esperanza perdida:

Tú que templas en el suelo
Nuestros dolores mundanos
Con ilusiones de cielo,
Consuela mi desconsuelo
Con tus compases livianos.

Y déjale que delire
Con el cielo al corazón,
Y déjale que suspire
Que el ámbar feliz aspire
De su dulce religión.

Porque en tanto que suspira
Por la postrimera paz,
¡Vive Dios que no delira
Con la nada y la mentira
De la existencia falaz!

INCONSECUENCIA.

A UNA TORTOLA.

Porque al fin la vida es sueño,
CALDERON.

I.

Tórtola que solitaria
En vez de cantar suspiras
¿Es tu canto una plegaria,
O es la voz con que respiras
A tu voluntad contraria?
¿Ese arrullo dolorido
Se exhala en ti á tu despecho
Sonando alegre en tu oído,
O es en verdad un gemido
Que te se arranca del pecho?

Triste pájaro, ¡lo sé...!
Por eso en ocultas ramas
Tu nido ondear se ve;
Tú te escondes porque amas,
Mas tu voz vende á tu fé.

Naciste, ave desdichada,
Para llorar tu ternura,
Por eso en selva apartada
Vas á arrullar tu amargura
Del campo ameno enojada.

Enojos te dan las flores,
Enojos la luz del día,
Enojos ¡ay! los amores
Que en dulcísima armonía
Murmuran los ruiseñores.

Bien creo, ave dolorida,
Que tu mal al mío iguale.

Y si buscas en tu anhelo
De que alguno te responda
El miserable consuelo,
Yo pido en mi canto al cielo
Quien á mi voz no se esconda.

Pues ambos somos cantores,
Y ambos somos desdichados;
Conmigo es justo que llores,
Tú, tórtola, tus amores,
Yo mis males olvidados.

Olvidados, ¡ay de mí!
Que cuando el arpa tomé
Cantando ahogarlos creí;
Y tantas glorias soñé,
Cuanto desengaños ví!

Vi el mundo tan hechicero
Que no le alcancé falaz,
Alcé mi canto primero,
Y el alma lanzó fugaz
Un suspiro lastimero.

Que es bien inútil consuelo
Nuestras desdichas cantar
Si por tan cercano el suelo
Nuestra voz no ha de escuchar,
Y por tan remoto el cielo.

II.

Dime, ¿qué nos valen,
Pájaro infeliz,
A tí tus lamentos,
Mis cantos á mí?
Tú á selva escondida
Te vas á gemir,
Porque el canto alegre
Te es lúgubre á tí;
Porque el tuyo amarga
El canto feliz,

Y las otras aves
No te le han de oír:
Y yo que angustiado
Llorando nací,
Si le canto al mundo
Su gloria pueril
La espalda me torna,
Dice que mentí.
Si vuelvo mis duelos
De nuevo á plañir,
Me dice con mofa
Que es dulce vivir:
Si el lloro y el canto
Nos desoye así,

Dime, ¿qué nos valen,
Pájaro infeliz
A tí tus lamentos,
Mis cantos á mí?

Te enoja el murmullo vano
De la bulliciosa fuente,
Y el céfiro cortesano
Que susurra mansamente
A los jardines cercano.

Te enojan las otras aves
Con su inocente amistad
Y con sus gorgeos suaves:
Tú, que llorar solo sabes,
Vives en la soledad.

Menos en el monte inculto
Vivir te cansa ó estraña;
Porque allí despeña oculto
El torrente que le baña
Sus espumas en tumulto.

Porque allí el viento perdido
Que entre las malezas rueda
Con sordo y medroso ruido,
En lánguido són remeda
Tu monótono gemido.

Porque allí el césped salvaje
Que á pedazos ha brotado
Por el agreste paisaje,
Borda el terreno olvidado
Con pliegues de tosco encaje.

Y á fé á los ojos del triste
No son gala los primores
Con que natura se viste,
Que otro placer no resiste
Que pensar en sus dolores.

Y los amorosos duelos
Son males antojadizos,
Que se quejan á los cielos
Y no admiten más consuelos
Que hallar en el duelo hechizos.

Porque es tan grato saber
Que nos podemos quejar,
Que cuando tan ruin placer
Pensamos que ha de faltar
La volvemos á querer.

Por eso, tórtola bella,
Dió el cielo á tu cenico canto
El compás de una querella,
Porque al cantar tu quebranto
Lloraras tu gozo en ella.

Y si es cierto que así en pos
De tu canción va tu queja,
¡Ay, tórtola! vive Dios
Que en el mal que nos aqueja
Nos parecemos los dos.

Pues si abriga tu garganta
En vez de voz un lamento,
Cuando mi voz se levanta
En vez de darme contento
Mis amarguras me canta.

Si nada tu voz te vale
Porque en la selva escondida
Nadie á escuchártela sale,

I.

3

El mundo ceñido
Del aire sutil,
Vestido de flores
Con rico tapiz,
Tocando con ancho
Dosel de zafir,
Prendido con nubes
Que el alto zenit
Circundan de nieblas
De azul y carmin;
Sembrado de estrellas
Que el turbio confin
Tachonan brillantes
En montones mil
Con pálidas perlas
Y rojos rubis,
Nos miente sin duda
Vistoso jardin,
Convida á cantarle
Mirándole asi.
Mas si esos hechizos
Y gayo matiz
Caminos son solo
Que llevan al fin
De breves placeres,
Y el fin es morir;
Si el que llora ó canta
Concluyen allí,
Si el triste se mofa
Del rico y feliz,
É insulta el alegre
Del triste el sufrir,
Dime, ¿qué nos valen,
Pájaro infeliz,
A tí tus lamentos,
Mis cantos á mí?

Que es la tierra de lágrimas camino,
Valle de tumbas que pasando vamos;
Féretro y cuna nos abrió el destino
Para entrar y salir en los estremos;
Fantástico al entrar y peregrino,
Y asqueroso al salir le comprendemos;
Que al vivir despertamos en la cuna,
Y al despertar nos ríe la fortuna.

Imperfectos traemos los sentidos
Porque á sentir no alcancen tanto duelo:
Sordos aun traemos los oídos
Porque no escuchen el clamor del suelo:
La lengua y pensamientos obstruidos,
Porque al ánimo falte ese consuelo:
Solo abrimos al sol nuestra pupila
Porque asombrada con el sol vacila.

Feliz quien despertando cuando nace
En ilusiones de esperanza crece,

Y un bello mundo de ilusiones hace
Donde loco soñando se adormece.
Mientras que duerme y delirando yace
La árida realidad se desvanece,
Y mientras sueña su falaz ventura
A su camino el término apresura.

Mas vale delirar lindas quimeras
En ilusion de sueños seductores,
Que roer esperanzas pasajeras
En este valle de ponzoña y flores,
Donde aguardando dichas venideras
Lloramos sobre el pan de los dolores,
Donde al buscar el necesario aliento
Mortal cicuta nos regala el viento.

Porque en sueños los bienes y los males.
Dorados en la loca fantasía,
Al ánimo dormida son iguales:
El desdichado canta su agonía,
Y lamenta el feliz bienes mortales;
Mas ninguno en perderlos se holgaría,
Que son dulces los bienes lamentados,
Y los males lo son desesperados.

Si tan bellos son los bienes
Soñados como los males,
Ya, tórtola, no me afligen
Tus melancólicos ayes.
Que á tí te dieron lamentos
En vez de alegres cantares,
Y tú cantando le cuentas
Tus amarguras al aire.
Las endechas y los himnos
Los mismos consuelos traen,
Que á la par nos adormecen
Las dichas y los pesares.
Tú te arrullas tristemente
Con tan lúgubres compases,
Porque tus duelos son gozos
Con el placer de contarles;
Yo al mundo canto mis cuitas,
Porque cuando otros las saben
El placer de que las sepan
Dichas de mis penas hacen:
Y así cuando entrambos, tórtola,
Con lamentaciones graves
En guisa de querrellarnos
Atormentamos los aires,
Pues nuestra queja es contento
Por el placer de quejarse,
Con extravíos tamaños,
Con inconsecuencias tales
No hacemos mas que soñar
Y mentir calamidades,
Tú llorando bien de amores,
Y yo delirando males.

LA TORRE DE FUENSALDAÑA.

I.

Yo he sentido bramar al ronco viento
Del helado diciembre en noche oscura,
Remedando de un hombre el triste acento
De roto murallon en la hendidura.

Ardia en el salon envejecido
Purpúrea llama de sonante leña,
Y el ámbito vibraba estremecido
Al reflejar en la empolvada peña.

De la pompa feudal resto desnudo
Sin tapices, sin armas, sin alfombra,
Hoy no cobija su recinto mudo
Mas que silencio, soledad y sombra.

Tal vez groseros cuentos populares
Bajo el nombre sin crónica conserva,
Y en las bóvedas, torres y pilares
Brotó á pedazos la pajiza yerba.

Los pájaros habitan la techumbre
Y la tapiza la afanosa araña,
Y eso guarda la tosca pesadumbre
Del viejo torreón de Fuensaldaña.

Yo, que era entonces loco, triste y niño,
Pasaba alguna vez bajo sus muros,
Por contemplar el desgarrado alifio
De sus huecos recónditos y oscuros.

Allí en delirios de amistad perdida
Y en infantiles pláticas sabrosas
Adormeci las cuitas de mi vida
Y las horas de noches pavorosas.

Allí al calor de la humeante hoguera
De las cóncavas piedras al abrigo
Oía el viento rebramando fuera,
Y á mi lado la voz de algun amigo.

Allí sobre nosotros se elevaban
Robustas torres, góticas almenas,
Que la furia del viento rechazaban
Sobre el cimientto colosal serenas.

A veces nuestra alegre carcajada
Repetida en los aires por el eco,
Moria en sus bramidos sofocada
De la alta torre en el tendido hueco.

A veces nuestras báquicas canciones
Como estertor de agonizante pecho,
Acompañaba en compasados sonos
Sordo zumbando en callejon estrecho.

Otras en melancólica armonía
Remedaban lamentos y suspiros,
Y otras en repugnante gritería
El vuelo y voz de brujas y vampiros.

De las rotas almenas erizadas
Al sacudir la destocada frente
Remedaba el hervir de las cascadas,
Y el áspero silbar de la serpiente.

O en revuelto y confuso torbellino
La ruinosa terraza estremeciendo

De la tendida lona el són marino
Semejaba tal vez el largo estruendo.

Le oíamos á veces á lo lejos
Cruzando el valle con airado paso,
Y crujián los árboles añejos
Como chascara entre la llama un vaso.
Y en continuo rumor sonando á veces
Le oíamos rozar el firme muro,
Como en hondo tonel hierven las heces
Que una bruja animó con un conjuro.

Le oíamos rodar embravecido
Las desiguales piedras azotando,
Y en los huecos colgar ronco mugido,
Y el seco musgo arrebatar pasando.

Le oíamos entrar y revolverse
Con espantable són en las troneras,
Y estrellarse, y crecer hasta perderse,
Barriendo las tortuosas escaleras.

Las ramas de los árboles vecinos
En las rejas meciéndose colgadas
Dibujaban contornos repentinos
De espantosas visiones descarnadas.

Y al brusco y desigual sacudimiento
Desplomados los vidrios de colores,
En el mal alumbrado pavimento
Reverberaban falsos resplandores.

Y asaltando la boca que topaba
Rodando en torno de la mustia hoguera,
Entre la llama pálida soplabá
Blanca ceniza hasta elevar ligera.

Silbando entonces lánguido y sonoro
Al cruzar murmurando en las ventanas,
Nos revelaba en armonioso coro
Música de veletas y campanas.

Y mezclaba el susurro de las hojas
Que coronaban los silvestres pinos
Con el gotear entre las juncias floas
De los turbios arroyos campesinos.

De los atentos perros el ladrido,
Y el canto agudo del despierto gallo
Con el inquieto y helico alarido
Del trémulo relincho del caballo.

Bullian en el ánimo exaltada
Locos fantasmas de soñados cuentos,
Y sostenia apenas fatigada
El peso de los ojos soñolientos.

Entonces á la sombra cobijados,
Los piés á par de la espirante lumbre,
Cedian nuestros párpados cansados
Mas que á la voluntad á la costumbre.

Y á cada chispa del tizon postrero,
A cada empuje del turbion errante,
A cada voz del pájaro agorero
Que velaba en el nido vacilante,

Volvíamos el gesto recelosos
En derredor del descompuesto fuego
Levantando los ojos perezosos,
Que al roto sueño se tornaban luego.

Y en aquella mirada adormecida
Se pintaba la sombra misteriosa
De volubles contornos revestida
De cuerpo inmenso, de color medrosa.
Gozábamos al fin insomnio inquieto
Delirando festines y batallas
Con tumultos sin época ni objeto,
Con broqueles, con yelmos y con mallas.
Y soñábamos duendes y conjuros
En una tierra mágica y lejana,
Deleitados en cóncavos oscuros
Con cantares de sílfide liviana.
Poco á poco deshechas las visiones
Soñábamos con sombras infinitas,
Donde se oían apagados sonos
De invisibles orquestas esquisitas.
Y mas tarde las sombras vacilando
Entre pardo crepúsculo naciente
Ibanse luz y sombras alejando
De la febril y temerosa mente.
Músicas, miedos, fábulas y sombras
Sus contornos al fin desvanecían,
Y en un salon sin lámparas ni alfombras
Solo estaban dos locos y dormían.

II.

Y era grato al són del viento
Abrir el párpado al día,
Y contemplar soñoliento
Su confuso resplandor,
A través de las abiertas
Hondas y estrechas ventanas,
Y de las hendidas puertas
De los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada
Con turbio cendal de niebla
Sobre los campos posada
Interceptando el mirar;
Y oír la ráfaga inquieta
Que al vendabal sustituye
En la acerada veleta
Sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones
Que en la noche nos turbaron
En bóvedas y rincones
De opaca lumbre al lucir,
En escombros convertidas
Musgo y tintas con que al tiempo
Las murallas carcomidas
Plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes
En vez de ricos tapices
Tender su baba y sus redes
Al insecto descortés,
Que entre los nombres tranquilos
Las labra de los viajeros

Cubriéndolos hilo á hilo
Sin envidia ni interés.

Ver á la afanosa araña
En los blasones del muro
Hilar con paciente maña
Sus hebras para cazar;
Y en la recóndita grieta
La presa que vuela en torno
Vigilante, astuta y quieta
A que se enrede esperar.

Y en el oculto madero
Hallar de rincón ruinoso
El rastro de un hormiguero
Que en el verano pasó:
Que en el foso nació acaso,
Mas no contento en el suelo
Con irreverente paso
Hasta la almena trepó.

¿Quién dijera á los barones
De la torre de Saldaña
De sus techos y salones
La mengua y la soledad?
¡Tiempo! ¡tiempo! ¡Cuánto puedes
Tú que indiferente escribes
Sobre cráneos y paredes
La cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,
Hoy trojes de rico hidalgo,
Y en sus salones oscuros
Ancha hoguera levanté.
Corrí llaves y cerrojos
Cual si de ellos dueño fuera,
Y sus tablas y despojos
Para alumbrarme quemé.

No respeté ni sus años
Ni su nombre y dueño antiguos...
Y para insultos tamaños
¿Quién era en Saldaña yo?
Un niño, un triste, ó un loco
Que divertido en sus penas
Curaba entonces muy poco
De cuanto grande vivió.

Y á fé que libre y contento
A la lumbre de mi hoguera
En tanto bramaba el viento
Tranquilamente dormí;
Y al despertar con el día
Contemplé absorto y ufano
La gruesa mampostería
Que por alcoba elejí.

Luchaba el sol afanado
Con la turbia húmeda niebla,
Y el fulgor tornasolado
Cruzaba por el salon.

Aceleraron el paso
De aquella noche despues;
Mas ¡ay del hombre mezquino!
¡Quién encontrará mañana
Entre el polvo del camino
La huella de nuestros piés!

LA DUDA (1).

Cuando al escribir en ellas
Contemplo tan lindas hojas,
Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.
Recuerdos teneis en ellas
Que desgarran la memoria,
Por mas que entre tantas flores
Estas espinas se escondan;
Que cuando un enamorado
En himno de amores llora,
Mas que á cantar sus cantares
Su llanto á llorar provoca:
Y los versos de ese muerto
Tanto en lágrimas rebosan,
Que removidas las mias
A mis pupilas asoman.
Y pues donde tantos cantan
Hay uno que llorar osa,

*Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.*

Si intento escribros versos
Dentro la mente se agolpan
Cuantos primores y hechizos
La naturaleza aborta.
Que en este jardin de España
Las inspiraciones sobran,
Pues basta mirar la lumbre
Con que el sol le tornasola;
Los arroyos que le cruzan,
Los jazmines que le bordan,
Y las bellas que le pisan,
Cuántas maravillas brota,
Para entonar tantos himnos,
Tantas letras amorosas
Que antes que el canto se agote
Gastada el arpa se rompa.
Pero al ver lo que ese triste
Grabó ó lloró en estas hojas,

*Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.*

(1) Escrita en el album de una señora, en la hoja inmediata á la en que D. M. J. de Larra escribió un bello y sentido romance.

El aire en fuerzas cediendo
Brotó en ráfagas errantes,
Y aun se le oía gimiendo
Con menos airado són.

Miré desde las ventanas
El árido campo seco;
Algunas yerbas livianas
Encontré no mas en él.
El aire las sacudía
Y la niebla las mojaba;
Escaso arbusto crecía
Del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves
Guarecidas asomaron
En los rotos arquitraves
Su misterioso mohin.
Mirélas indiferente,
Y al rumor de mis pisadas
Hundieron la negra frente
Del nido cóncavo al fin.

Entonces de la alta cumbre
El sol rasgando la niebla
Derramóse en viva lumbre
De trémulo resplandor;
Y en los pardos murallones
Trazó cuadros luminosos
Alumbrando los salones
De cenagoso color.

Y entonces á los reflejos
De la llama repentina
De aquellos rincones viejos
En la antigua soledad,
Bulleron miles de insectos
Asomando por las grietas
Monstruosos por lo imperfectos,
Raros por la variedad.

Y oíanse los cantares
Del toco templo vecino
En compases regulares
Desvanecerse y crecer;
Y el órgano y las campanas
Al roto soplo del viento
Ya perdidas, ya cercanas
En el sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,
Pasó la mañana inquieta,
Mis años hora por hora
A contar triste volví.
Si hallé la vida cansada
Y lamenté su amargura,
Yo vivo con mi tristura,
Mas la torre quedó allí.

Muchos curiosos acaso
Por llegar á Fuensaldaña

Pluguiera que en vez de versos
Mi pluma brotara rosas,
Porque al menos con las flores
Se pueden tejer coronas.
Pero á par de los cipreses
Si nacen flores se agostan,
Y donde los muertos hablan
Callar á los vivos toca.
Que el recuerdo del que muere
Mucho respetar importa,
Que acaso para velarnos
Quedó en la tierra su sombra.
Y aunque indecisa mi pluma
Tal vez dudando os enoja,
Y han de hacer mis desvarios
Que de vergüenza me corra,
Perdonadme si os confieso
Que al contemplar estas hojas

*Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.*

Que vos merecis los versos
Nadie en la villa lo ignora,
Y es tan claro por sabido
Que hasta dudarle es lisonja.
Que *él* la memoria merece
Tampoco hay á quien se esconda,
Pues por triste y por amante
Le recordamos ahora.
Y así entre ambos dividida
La imaginacion dudosa
Los versos son para *vos*
Si le prestais la memoria :
Lo que en *vos* merece el sexo
En *él* merece la sombra,
Y lo que en *vos* la hermosura
En *él* la tumba lo abona.
Justo es con los dos hablando
Duden el *muerto* y la *hermosa*
*Si es cantar ó si es lamento
Lo que les cantan ó lloran.*

PARA VERDADES EL TIEMPO
Y PARA JUSTICIAS DIOS.

TRADICION.

I.

Juan Ruiz y Pedro Medina,
Dos hidalgos sin blason,
Tan uno del otro son
Cual de una zarza una espina.
Diz que Pedro salvó á Juan
La vida en lance sangriento;

Prendas de tanto momento
Amigos por cierto dan.
Pasan ambos por valientes
Y mañeros en la lid,
Y lo han probado en Madrid
En apuros diferentes.
Ambos pasan por iguales
En valor y en osadía,
Pero en fama de hidalguía
No son lo mismo cabales.

Que es Juan Ruiz hombre iracundo,
Silencioso por demás,
Que no alzó noble jamás
El gesto meditando.

Ancha espalda corto cuello,
Ojo inquieto, torbas cejas,
Ambas mejillas bermejas,
Y claro y rubio el cabello.

Y aunque lleva en la cintura
Largo hierro toledano,
Dale brillando en su mano
Mas villana catadura.

Y aunque arrojado y audaz
En la ocasion, rara vez
Carece su intrepidez
De són de temeridad.

Agil, astuto ó traidor,
Hijo de ignorada cuna,
Debe acaso á su fortuna
Mucho mas que á su valor.

Presentóse há pocos años
De Indias advenedizo,
Diz que con nombre postizo
Cubriendo propios amaños.

Mas vertió lujo y dinero
En festines y placeres,
Aunque fué con las mugeres
Mas falso que caballero.

Hoy pasa pobre y oscuro
Una existencia comun,
Y medra ó mengua segun
Los dados le dan seguro.

Hombre de quien saben todos
Que vive de mal vivir,
Mas nadie sabrá decir
Por cuales, ó de qué modos.

Modelos en amistad
Ambos para el vulgo son,
Mas con Pedro es la opinion
Menos rigida en verdad.

Porque es Pedro, aunque arrogante
Y orgulloso en demasia,
Mozo de mas cortesia
Y mas bizarro talante.

De ojos negros y rasgados
Con que á quien mira desdén,
Nariz corta y aguiluña,
Con bigotes empinados.

Entre sombrero y valona
Colgando la cabellera,
Y alto el gesto en tal manera,
Que cuando cede perdona.
Mas si sombras de maton
Tales maneras le dan,
Tiénela mas de galan
Por su noble condicion.
Que no hay en Madrid muger
Que un agravio recibiera
Que á su espada no tuviera
Satisfaccion que deber.

Ni hay ronda ni magistrado
Que en revuelta popular
No le haya visto tomar
Ayuda y parte á su lado.

Tales son Ruiz y Medina,
De quienes por concluir
Fáltame solo decir
Que amaban á Catalina.

Es ella una moza oscura
De talle y de rostro apuesta,
Mas tan gentil como honesta,
Y como agraciada pura.

Amala Ruiz, pero calla,
Acaso porque su amor
Para muger de su honor
Palabras de amor no halla.

Él con ansia la contempla
Al abrigo del embozo,
Pero el impetu de mozo
Ante su virtud se templa.

Que es tan dulce su mirar
Que su luz por no perder
Cuando se quiso atrever
Solo se atrevió á callar.

Y es tan flexible su acento
Que para no interrumpirle
Tener es fuerza al oírle
Con los labios el aliento.

Medina, que fué soldado
Sobre Flandes por Castilla,
Y á los usos de la villa
De mas tiempo acostumbrado,

Suplicóla tan rendido,
Tan cortés la enamoró,
Que ella amor le prometió
Como él fuere su marido.

« Eso sí, ¡ por san Millan ! »
Dijo Pedro con denuedo;
Y la calle de Toledo
Tomó en resuelto ademan.

II.

Contento Pedro Medina
Con su amorosa ventaja,
Mas á carreras que á pasos
Iba cruzando la plaza.

Saltábale el corazon
A cada paso que daba,
Y frotábase ambas manos
Bajo la anchurosa capa.
Los labios le sonreían,
Y los ojos le brillaban
Al reflejo que en el pecho
Despide la amante llama.
Las gentes le hacian sitio
Porque cerca no pasara,
Que segun iba resuelto
Que fuese audaz recelaban.
Mas él va tan divertida
En sus amores el alma,
Que ni ve donde tropieza,
Ni cura de los que pasan.
Topó al volver una esquina
Una vieja, y al dejarla
Derribada en tierra dijo :
« Nos casaremos mañana. »
Enredósele el estoque
En el manto de una dama,
Y rasgándole una terciac
Echóla un voto de á vara.
Así dando y recibiendo
Encontrones y pisadas,
Dió por fin con la hosteria
Donde su amigo jugaba.
Fué á la mesa, y preguntando
A Juan si pierde ó si gana,
Pidió vino y añadióle :
« Cuando acabes, dos palabras. »
Recojió Juan sus monedas,
Y terciándose la capa,
Sentóse al lado de Pedro
Diciendo bajo : « ¿ Qué pasa ? »
« Me caso, » dijo Medina.
Miróle Juan á la cara,
Y frunciendo entrambas cejas
Tosió, sin responder nada.
— « ¿ Qué piensas ? » preguntó Pedro.
— « En tí y tu muger pensaba, »
Contestó Juan suspirando,
Con voz ronca y apagada.
— « ¿ Supondrás que es Catalina ? »
— « Y lo siento con el alma. »
— « ¡ Cómo ! » — « Porque tengo zelos. »
— « ¡ Por san Millan ! » — « Yo la amaba. »
— « ¿ Y ella ? » — « Nunca se lo dije,
Pero ocurrióseme... » — « ¡ Acaba ! »
— « Para decirle mi amor
« Escribirla hoy una carta. »

Callaron ambos : Medina
Remedio al caso buscaba
El codo sobre la mesa,
Sobre la mano la barba.
Al fin como quien resuelve